

La danza de los dinosaurios

Francisco Valdés Ugalde

Los paleontólogos pueden jactarse de un hallazgo sorprendente: los dinosaurios no se extinguieron; andan sueltos y danzando. Desde las narraciones de Carlos Ahumada hasta las declaraciones de retracción de Miguel de la Madrid se ve una constante: el sistema político sigue reservando una parcela determinante a los dinosaurios. Y lo peor es que no solamente se trata de los dinosaurios del PRI, sino que por contagio genético han aparecido nuevas variedades en otras franquicias políticas, como el PAN y el PRD.

Hemos sostenido reiteradamente y desde hace años que el solo cambio del sistema electoral y de partidos no es garantía de construcción de un sistema democrático. El edificio autoritario construido por 70 años de dominio de partido único sigue ahí. Como en el famoso cuento de Augusto Monterroso ("Cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba ahí"), las revelaciones de Ahumada y de De la Madrid nos han sacado del letargo de una democracia no solamente joven, sino lamentablemente minimalista por no decir enana.

Se ha insistido mucho en la obscenidad de los hechos referidos a propósito de los personajes citados: Salinas de Gortari como poder tras el trono, la connivencia de presidentes y otros funcionarios y políticos con tramas vergonzosas, la impunidad reinante que impide el castigo de conductas ilícitas y criminales y, sobre todo, la connivencia de los factores de poder dominantes en cada partido y en el gobierno con la perpetuación de la impunidad como sistema.

La cleptocracia del pasado, antes reunida en la familia revolucionaria y sus favorecidos, ha ampliado sus círculos. La membresía del club se amplió en lugar de reducirse. La competencia política y la alternancia en el poder no fueron valladar para inhibir esos comportamientos. Por el contrario, se produjo un pacto tácito de complicidad al tiempo que se desvaneció la hegemonía presidencial, único poder que regulaba la impunidad mediante premios y castigos y el uso arbitrario de la facultad acusatoria del Estado.

Pero hay algo más. ¿Acaso no es esa trama del poder sin límites un espejo en el que todos deberíamos mirarnos? Es falso el mito maniqueo de que frente a una sociedad política con grados inadmisibles de putrefacción haya en la contraparte una sociedad civil sacrosanta e impoluta. La llaves del reino del sistema pre-

sidencialista de partido hegemónico eran la capacidad de corromper y cooptar a la sociedad y un medio ambiente social en el que a casi nadie le quedaba de otra que participar en la corrupción, así fuera simplemente dando una *morrida*.

La pedagogía política que se derivó de ello ha tenido un arraigo superior al imaginado. En el ser social de México se entreveran el ciudadano que vota y exige que su voto cuente y se cuente, y el súbdito sujeto a poderes fuera de control ante los que no tiene otro remedio que resignarse.

Así como la reforma democrática del sistema político se quedó menos que a medias e, incluso, ha retrocedido, la transformación de súbditos en ciudadanos se ha estancado, no se ha transformado en iniciativa y exigencia consciente y organizada de un nuevo modelo de relación entre la sociedad y el Estado.

Si el parque jurásico del viejo sistema se ha perpetuado es porque su capacidad corruptora permanece. Nadie más que nosotros podemos quitárnoslo de encima. La pregunta es cómo, cuándo y con quiénes. Y no tenemos respuesta.

ugalde@unam.mx

Investigador del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM

**SI EL PARQUE JURÁSICO DEL
VIEJO SISTEMA SE HA
PERPETUADO ES PORQUE SU
CAPACIDAD CORRUPTORA
PERMANECE. SÓLO NOSOTROS
PODEMOS DARLE FIN**

